

cer *de visu* el caballero á quien todos conocemos de reputación. Apéese vuesa merced, y esta su alfana tendrá en mi caballeriza el puesto que le corresponde. — No es alfana, respondió D. Quijote, sino corcel. — Si vuesa merced no lo hubiera trocado con otro, este debe de ser el famoso Rocinante, dijo D. Prudencio; y éste Sancho Panza, el criado de vuesa merced, añadió mirando de propósito al escudero, quien, apeado á su vez, se estaba ahí espiando la ocasión de dar puntada en la plática. — Humilde servidor de vuesa merced, respondió el dicho escudero, y de mi señora la castellana, á quien deseo los años de santa Isabel y más hijos que á nuestra madre Eva. — El Señor os los dé, volvió á decir D. Prudencio: ¿en dónde acomodaría yo tanta descendencia, hermano, á menos que todo el mundo fuese mío? — Lugar no faltaría, respondió de nuevo Sancho: la tierra es grande y hasta los gusanitos tienen su manida, y los mosquitos del aire hallan una hoja donde albergarse; cuanto más que los estados de vuestra magnificencia deben de ser vastos; y como dicen, á más moros más ganancia; aunque dicen también: quien tiene hijos al lado no morirá ahitado, y los padres á yugadas y los hijos á pulgadas. — Calla, Sancho, calla, demonio, dijo D. Quijote: no descubras tu fondo tan desde el principio. ¡Oh hilo de plata!, ¡oh hilo de oro!, mal invertidos en esta burda tela. ¿Te habré bordado de tres altos, Sancho, para que no pierdas ocasión de poner de manifiesto la bayeta negra de que eres hecho? Si empiezas con tus refranes, ¿en dónde quieres que te esconda, pues no he de ir á mostrarte á la señora de este castillo, la cual debe de ser de las principales y más bien criadas? — Vuesa merced puede tranquilizarse á ese respecto, dijo D. Prudencio: á mi mujer le gustan de tal manera las ingeniosidades y los refranes de este buen escudero, que nunca ha sucedido que él llegase á fastidiarla en las mil veces que hemos vuelto á leer la historia del insigne D. Quijote de la Mancha. Sea vuesa merced servido de venirse conmigo, para que yo le presente á mi familia, de la cual será parte principal mientras tenga á bien honrarnos con su presencia.»



CAPITULO XXIV

DONDE SE DAN Á CONOCER ALGUNAS DE LAS PERSONAS CON QUIENES TENÍA QUE HABÉRSELAS D. QUIJOTE EN CASA DE D. PRUDENCIO SANTIVÁÑEZ

Entró D. Quijote con reposo y majestad imperial, y hecha la ceremonia de la presentación, el dueño de casa le guió en persona á los aposentos que le destinaba. «Aquí estará vuesa merced, le dijo, si no del modo correspondiente á su calidad, por lo menos con la holgura y las ventajas que ofrece el campo. Tan luego como se hubiere aderezado, holgaremos de verle con nosotros, para que nos sentemos á la mesa.» Volvió á la sala el buen señor, y encareció con firmes razones que nadie hiciese burla de su huésped. «La hospitalidad, dijo, es la cosa más delicada del mundo, así como la desgracia es la más respetable, y en el caso presente se reunen las dos, siendo el que tenemos en casa un hombre de los que, aun cuando se juzgan felices, á los ojos de los cuerdos deben pasar por desdichados.» Todos prometieron respetarle, y acto continuo estaban violando la promesa los mozalbetes y las niñas con no dejar de reirse de la catadura y el pelaje del reciénvenido. «Tú me vas á dar que hacer, dijo D. Prudencio á un joven de rostro festivosísimo que estaba ahí con una socarronería de desesperar á un muerto: cuidado, muchacho.» No lo era tanto, pues frisaba con los veinticinco años, y á justo título pertenecía al gremio de los calaveras. Pariente próximo de doña Engracia de Borja, los hijos de ésta no podían vivir sin él, y aunque no con sobrada inclinación al campo, se

venía con ellos, puesto que á la temporada concurriesen las señoritas de su gusto, que lo eran todas. Llamábase D. Alejo de Mayorga. Con alguna vanidad de su parte, hubiera muy bien podido titularse conde de Archidona, siendo como era tradición de la familia que sus antecesores habían dejado prescribir su título, porque no lo tenían en mucho, ó porque llamándose Mayorgas no habían menester otra cosa. Era D. Alejo el segundogénito, y como suele suceder, el ídolo de su madre: el libertino se lleva siempre la palma. Cuando éstos son de buena raza, no hay uno que no sea simpático. Ejerce el calavera un prestigio misterioso en los que tratan con él, y tanto, que á pesar de sus horribles travesuras, será querido en su casa con preferencia á sus hermanos, por juiciosos que éstos sean. De vivo ingenio, decidor, cuando se conseguía cogerle, era D. Alejo el alma de la tertulia. Y estudiante de todo el noble mancebo: cursó jurisprudencia en la universidad de Salamanca; pero al cabo de dos años echó de ver que su inclinación no era ésa, y estuvo á punto de seguir la carrera teológica, por complacer á la señora su madre, quien le rallaba por que se ordenase. La consideración del matrimonio, su idea primordial, le desvió de los proyectos eclesiásticos, y se entró de rondón en la milicia, su verdadera vocación. Y por Dios que fué militar gentil y valeroso, sin dejar en ningún caso ni tiempo de ser enamorado. Desde los diecisiete había empezado á querer casarse, y cada año renovaba su pretensión, siempre con otra novia, para tormento de su madre. ¡Qué de inquietudes, angustias, lágrimas, no costaba á la pobre señora ese adorado torbellino! Liberal, manirroto, jamás tenía un duro sino para echarlo por la ventana. Si detestaba los estudios serios, leía con vehemencia cuanta obra fantástica podía haber á las manos, como son novelas y libros caballerescos. Instruidísimo en cosas de poca monta, ejercitaba con sobrado calor la contenciosa movilidad de su temperamento, sin que hubiese punto de filosofía, humanidades, derecho, historia, artes ni oficios en que no diese su parecer y se remitiese á cien mil autores que no había leído.

Su hermano mayor, D. Zoilo de Mayorga, es vaciado en otro molde: joven asaz inteligente, su mérito principal consiste en juzgarse el primer hombre del mundo y en un filosófico desdén por la persona que está sobresaliendo y gozando de buena fama. Tiesierguido, el alma encambonada, todo lo decide con la autoridad del estagirita, cuando no es sino un pirrónico en cuya vida está campeando el egoísmo. El egoísmo, negra ausencia de los afectos nobles, los movimientos generosos del ánimo, que son la verdadera filosofía de los hombres de natural bueno y elevado. Llevarle la contra á este sumo pontífice es ser un tonto; saber algo uno es excitar su envenenada crítica, porque él no reconoce superior en ninguna materia, bien que la triste medianía le ha destinado á la indiferencia de los demás. Árbitro de las cosas, no hay nudo que no corte con la espada de Alejandro. Su elocuencia se ceba en el descrédito de los demás, y nunca tiene él más talento que cuando está haciendo ver palmariamente la inferioridad de sus amigos: parecele que no puede ser persona de viso, si ellos no son insignificantes: de la pequeñez de los otros saca su grandeza; y en esto no va fuera de camino, pues cuando nuestros méritos no descansan en las virtudes, preciso es que nuestra importancia derive de los defectos ajenos. El magnífico D. Zoilo no piensa, pero dice que todos los hombres de talento viven atormentados por la más vil de las pasiones: habla de la envidia; y siendo él un sabio de primera clase en la difamación al disimulo, la grandeza de su alma le tiene lejos de ese feo pecado. Envidia, ¡oh!, envidia, amor de Satanás, gloria del infierno, de allí sales al mundo en ráfagas pestilentes, y enfermas y emponzoñas al género humano. Fada malhechora, vuelves negro lo blanco: hiere en las virtudes tu varilla siniestra, y las conviertes en vicios; cae en tus manos la inocencia, y se vuelve malicia. Tu lengua vive nadando en un fluido corrosivo; es larga y puntiaguda. Pasa la honra y la picas; huye de ti la austeridad y la alcanzas. Ves sin ojos, oyes sin oídos, vuelas sin alas: acuciosa eres, aprensiva. Los merecimientos, los triunfos de los demás, son injurias para ti; las buenas obras, provocaciones horri-

bles; pero si te conviene el disimulo, disimulas: una de tus diligencias suele ser la hipocresía. D. Zoilo de Mayorga es víctima de la envidia, si bien él mismo no sabe lo que nadie pueda envidiar en él, ó sus hechos admirables se han perdido en la ingrata memoria de las gentes. Para dar la última pincelada al carácter de este magnate, diremos que él no hubiera visto con indiferencia el título de marqués de Huagrahuigsa, y allá para su capote lo era en efecto, y por tal se tenía, desdeñando airadamente á los que no sintiesen correr por sus venas sangre de Braganzas.



CAPITULO XXV

DE CÓMO ENTRÓ EN CONVERSACIÓN NUESTRO CABALLERO
CON LOS SEÑORES DEL CASTILLO

Desarmado el caballero, se presentó garbosamente en la sala, supliendo con el desparpajo lo que faltaba de adorno á su persona, é hizo de nuevo su mesura con la rodilla ante la señora, á la cual convino ofrecer la mano para pasar al comedor. Puestos á la mesa, dijo D. Quijote: «Perdonad por indiscreto, y decidme, señores, vuestros nombres si gustáis. — El mío es D. Prudencio Santiváñez, señor caballero; mi mujer se llama doña Engracia de Borja. — Criada del señor D. Quijote, añadió doña Engracia. — ¿Todos estos jóvenes de uno y otro sexo pertenecen á la familia de vuesa merced? La mesa de Príamo no fué más concurrida, ni más feliz la venerable Hécuba con sus cincuenta hijos. — No todos lo son de mis entrañas, respondió la señora; aunque sí mis parientes. Por el afecto, cuantos ve aquí vuesa merced son hijos míos. — Cuando el amor y la concordia gobiernan á una familia, dijo D. Quijote, por el número de sus miembros se ha de medir su felicidad. Los antiguos patriarcas eran de suyo respetables, más por su numerosa descendencia, pues había casa de cien personas, ó poco menos, como las de los jueces de Israel, Abdón, Jair. — ¿Cuál es el estilo, señor don Quijote, preguntó D. Alejo, entre los caballeros andantes res-

pecto del tener hijos? ¿Tiénelos en gran número, ó hay tasa y medida para ellos? — Nuestros estatutos y ordenanzas, respondió D. Quijote, no hablan de propósito en esta materia; mas como lo que abunda no daña, soy del sentir que los andantes se perpetúen para gloria de su raza en el mayor número posible de descendientes, á imitación de Perión de Gaula, cepa y origen de los mejores caballeros del mundo. Aunque, la verdad sea dicha, no sabría yo en qué emplearlos si pasasen de cuatro los que Dios fuese servido de darme. — ¿En qué?, replicó D. Alejo: los armaba caballeros vuesa merced y los enviaba en todas direcciones á desfacér agravios, enderezar tuertos y purgar la tierra de malandrines y follones. Y cuando no, puesto al frente de ellos, cerraba vuesa merced con el imperio del Catay y venía á coronarse emperador por obra de su brazo. — ¡Dígamelo á mí!, respondió D. Quijote: yo sé cómo hace uno eso, y cuándo y en qué manera gana un imperio. Ganarlo entre cuarenta ó cincuenta caballeros no es gracia: mi negocio estará en ganarlo yo solo, matando con mi mano al emperador y sus capitanes, y sojuzgando á los que yo tuviere á bien el otorgar la vida. — ¿Piensa vuesa merced matar así tanta gente, solo como anda?, preguntó don Alejo. — El rey Artús, respondió D. Quijote, mató en una batalla cuatrocientos sesenta enemigos. Bradamante cortó la cabeza á trescientos moros en el campo de Marsilio. Obras son estas inhacederas para vuestas mercedes que viven entre flores, sabe Dios si bajo el prestigio de las Musas: todo corre por otro término en la órbita de la caballería, y las armas de los andantes encierran secretos que son milagros para los que no profesan el seguirlas. — La historia trae, dijo D. Prudencio, que Aristómenes quitó la vida con su mano á trescientos enemigos, ni más ni menos que Bradamante, sin otra diferencia sino que ése los mató en tres combates y éste en uno solo. — No hay cosa inverosímil en las alusiones del honrado D. Quijote, dijo á su vez un religioso de manso continente que estaba al lado de doña Engracia: vemos en las sagradas letras que cuando el rey David volvía de escarmentar á los filisteos, las hijas de Is-

rael, coronadas de rosas, danzaban á su alrededor cantando á contrapunto:

«¡Saúl ha matado mil guerreros!
¡David diez mil!»

— Por donde se puede ver, repuso D. Quijote, de cuánto es capaz un caballero bien armado. Morgante no hizo menos que David, pues justamente fueron diez mil los enemigos que puso fuera de combate en una batalla, con un badajo que pesaba dos mil arrobas. — ¿Morgante mayor?, preguntó D. Alejo: ¿no habla vuesa merced de *il Morgante Maggiore*? Morgante se comía un elefante en un almuerzo, sin sobrar sino las patas, y bien pudo matar cuarenta, no que diez mil.» D. Quijote mostró hacer poco caudal de esta excepción y prosiguió: «Si aquel buen rey hebreo, con toda su índole benigna y la santidad de su carácter, mató diez mil personas, ¿qué maravilla que otro menos sufrido mate quince ó veinte mil, sean ó no filisteos, y entre por fuerza de armas en el Cairo y Babilonia? Ahora vamos á ver, ¿qué le ha movido al honorable eclesiástico á llamarme *el honrado don Quijote*? El que mata ó puede matar en una batalla quince mil judíos, ó sean moros, ¿es bueno para que se le llame á secas *el honrado D. Quijote*? Nunca hasta ahora habíamos oído decir *el honrado D. Grimaltos, el honrado D. Brianges, el honrado D. Tablante*. La cortesía manda y el uso requiere se nombre á uno *el caballero de la Muerte*, á otro *el de la Hoja Blanca*, á éste *el de la Sierpe*, á ése *el del Basilisco*, sin honrado, jabonado ni alforja. — Excuse y perdone vuesa merced á mi capellán, dijo D. Prudencio: no ha leído sin duda la historia de vuesa merced, y no sabe que el Sr. D. Quijote se llama *el caballero de los Leones*. — Y ¿quién no ha leído esa historia?, repuso el capellán. Sepan vuestas mercedes que la tengo de ocho vueltas y soy más familiar con ella que con mi breviario. Llámese honrado el Sr. D. Quijote, séalo en efecto, y no tenga cuidado de lo demás. — Lo soy por naturaleza y costumbre, replicó el caballero: en cuanto á que se me llame así, es otra cosa. Apuesto á que cuando

vuesa paternidad se oye llamar con cierto retintín *el honrado capellán* piensa que le han echado el agraz en el ojo. — Eso dependerá del retintín, dijo doña Engracia; mas creo yo que el reverendo padre habló sin trastienda ni punteo de ninguna clase. — No hubo sino tintín en lo que dijo, añadió el calaverón de D. Alejo. Pero ésta no es cosa esencial, y sin reñir por tan poco, llamaremos al Sr. D. Quijote como le guste. ¿Prefiere vuesa merced la significativa denominación de Quijotín el Nebuloso? La Providencia, que encadena los acontecimientos pasados con los que están por venir, ha sugerido este modo de llamarse al caballero á quien tiene destinado para la más singular aventura que andante acometió ni acometerá jamás. Si las estrellas no me engañan, leo claramente en ellas que, con el transcurso del tiempo, D. Quijote de la Mancha ha de sacar á la luz del mundo aquel vasto país de Ansén, que por efecto de un poderoso encanto yace desconocido en medio de una niebla espesa que le circuncinse cual muralla impenetrable. — Esto es, dijo el capellán, en el continente asiático, en la Georgia. Y dicen que de esa niebla salen voces de gente, cantos de gallo, relinchos y otros ruidos, por donde los que los oyen vienen en conocimiento de que una nación ignorada habita esa tierra misteriosa. Nunca y nadie ha podido llegar á esa comarca con salir, como sale, de aquella densidad un caudaloso río, por el cual un denodado marino pudiera aventurarse á contracorriente. — No por otra cosa se llama nebuloso el Sr. D. Quijote, repuso D. Alejo, sino porque de esa nube ha de sacar esa nación y la ha de reducir á la fe de Jesucristo, bautizándola después de vencerla. — Esto ha sucedido muchas veces, dijo D. Quijote, y es muy común en la caballería volver católicos á los paganos vencidos, cuando no se les corta la cabeza. Roldán hizo armas con los tres gigantes Morgante, Pasamonte y Alabastro: mató á los dos, y al primero, como al más comedido, le otorgó la vida y le convirtió al cristianismo. Cuadragante, señor de Sansueña, venció á su enemigo Argamante, le volvió cristiano, y aun camandule-ro; de suerte que el desafortado neófito se vino á Constantinopla

con su mujer Almatrafa y su hijo Ardidel Canileo, donde peleó contra los gentiles mandados por el rey Armato. — ¡Lo que pueden y lo que hacen los caballeros andantes, Sr. D. Quijote!, dijo D. Alejo en tono de profunda admiración, que halagó sobre manera la vanidad del infatuado hidalgo. — Veníos conmigo, noble mancebo, respondió éste; y aun cuando sea yo quien gane los despojos opimos en la guerra de Arsén, matando á su rey, emperador, soldán ó como se llame, os otorgo desde ahora licencia para escoger entre esas damas la que fuere más de vuestro gusto, sin exclusión de la emperatriz viuda ni las infantas reales. — Puede vuesa merced adjuntar á su séquito á mi sobrino, dijo doña Engracia, y casarlo por allá, cierto de que no habrá hecho un menudo servicio á una ciudad entera con quitárnoslo de la vista. — Mi tía será la que más me llore, respondió D. Alejo. Cuente vuesa merced conmigo, Sr. D. Quijote, y ármeme caballero en la primera iglesia ó capilla que topemos, á fin de que pueda yo acometer cualquier género de aventuras. — Ese cuidado será mío, tornó á decir D. Quijote: en último caso bastará la pescozada, si sucediere que halláremos estorbo para las otras ceremonias. Cuando el armar un caballero ocurre en un palacio, con tiempo y comodidad se hace la armadura sin omitir requisito; pero tan armado queda uno con que una princesa le calce las espuelas, una reina le ciña la espada y el padrino le dé el espaldarazo, como con el simple espaldarazo y la vela de las armas.»

Se concluyó la comida, y levantándose todos, invitó la señora á D. Quijote á volver á la sala, donde continuarían la conversación de sobremesa. Pasaron á ella en efecto; y bien acomodados, las señoras en el suelo sobre muelles cojines ó alfombras, los hombres en anchas sillas de vaqueta, D. Alejo la anudó de esta manera: «¿Conque no será circunstancia indispensable que una princesa me calce las espuelas? Vuesa merced tiene presente que en el acto de armarse caballero Rui Díaz de Vivar, hubo reyes y reinas é infantas y espuela de oro, y espada con empuñadura de diamantes, y Evangelios con pasta de ná-

car, sobre los cuales el Cid Campeador jurase. Y si no, ¿por qué la infanta doña Urraca le hubiera gritado desde las murallas de Zamora:

«Afuera, afuera, Rodrigo,
El soberbio castellano;
Acordásete debiera
De aquel tiempo ya pasado,
Cuando fuiste caballero
En el altar de Santiago,
Cuando el rey fué tu padrino,
Y tú, Rodrigo, su ahijado.
Mi padre te dió las armas,
Mi madre te dió el caballo,
Yo te calcé las espuelas
Por que fueses más honrado?»

— Esto es así, respondió D. Quijote, y yo no digo otra cosa; antes abundo en los recuerdos de vuesa merced, y encareciendo sus ideas, añado que lo propio sucedió con el doncel Pedrarias, á quien esa misma infanta doña Urraca ciñó la espada, para que saliera á combatirse con D. Diego Ordóñez de Lara, según reza la crónica:

«El padrino le dió paz,
Y el fuerte escudo le abraza,
Y doña Urraca le ciñe
Al lado izquierdo la espada.»

»Cuando el rey de la Gran Bretaña hizo caballeros á los tres príncipes en la villa de Fenusa, Oriana, Brisena y otras de su misma clase todas reinas ó emperatrices, les calzaron las espuelas y ciñeron las espadas. La princesa Cupidea hizo lo propio con Leandro el Bel, y la hermosa Polinarda con Palmerín de Inglaterra. Mas no se le oculte á vuesa merced que Suero de Quiñones, mantenedor del Paso Honroso, armó caballero á Vasco de Barrionuevo, sin más que darle con la espada en el capacete diciendo: «Dios te faga buen caballero y te deje cumplir las

condiciones que todo buen caballero debe tener.» Y al punto el novel se trabó en batalla con Pedro de los Ríos, uno de los mantenedores. Aquí no halla vuesa merced espuela ni espolín, emperatriz, reina ni princesa, y no por eso queda el Sr. Vasco en menos aptitud para las armas. Nuestro gran emperador Carlos V armó asimismo varios caballeros en Aquisgrán, cuando la ceremonia de su coronación, dándoles tres golpes con la espada de Carlomagno; y no hizo otra cosa el rey de Portugal D. Juan I en el Procinto de la batalla de Aljubarrota, al armar caballeros á varios señores portugueses, entre ellos Vasco de Lobeira. Vuesa merced no se acuite, ni ande caviloso en esto de la princesa, pues no por falta de ella dejará de verificarse la armadura. Y cuando vuesa merced hiciere pie en esa formalidad, ¿qué habrá sino entrarnos por las puertas de un rey cualquiera y servirnos de sus hijas para esas menudencias que no hacen sino dar esplendor á la ceremonia? En caso que el rey ponga dificultades, peleo con él, le venzo, le mato, le corto la cabeza, y San Pedro se la bendiga.»